

## PRÓLOGO

Casi cien mil personas vivían en la Ciudad Libre de Ness, apiñadas como ratas dentro de un saco demasiado pequeño para darles cabida. La Ciudad debía de medir un kilómetro y medio de un extremo a otro y había penetrado por todas las quebradas del monte, que quedaba encerrado por su alta muralla. A medianoche, para quien la contemplara desde un altozano que se encontraba a unos tres kilómetros más al norte, la ciudad era la única luz en medio de un paisaje en penumbra, un ascua que refulgía en las praderas envueltas en tinieblas que se prolongaban hacia el horizonte. A decir verdad, parecía que con un soplo de viento pudieran avivarse las llamas y empezar un incendio.

Bikker pensó en ello y se sonrió, aunque supiera muy bien que todo se reducía a un engaño de la perspectiva. Era un hombre gigantesco, de barba hispida y espada mágica al cinto. No sabía qué debían de pensar los otros dos miembros de la conjura, pero a él le habría gustado mucho ver arder la ciudad.

Las luces que divisaba provenían de un millar de ventanas y de las forjas de un centenar de talleres y manufacturas. La Ciudad suministraba al reino de Skrae todo su hierro y su acero, la mayoría de las confecciones de cuero, y un río interminable de cucharas, hebillas, faroles y peines de hueso. Las cofradías trabajaban durante la noche entera, todas las noches, para satisfacer la interminable demanda. Volutas de humo emergían de todas las chimeneas, cual columnas oscuras que ocultaban las estrellas, y la mitad de las ventanas de la ciudad estaban alumbradas por velas, porque un ejército de escribas, escribientes y contables se dedicaba a trazar garabatos en sus libros. En la orilla del río más cercana resplandecían las casas de juego, y las furcias caminaban por largas avenidas con faroles en

la mano, para llamar la atención de los transeúntes. Parecía que media ciudad aún estuviese despierta.

—¿Tú crees que allí hay alguien que pueda imaginarse lo que se les viene encima? —preguntó Bikker.

—Por el bien de nuestro plan, espero que no —dijo el hombre que le pagaba. Bikker no lo había visto nunca. El cerebro de la conjura todavía se ocultaba. Se hallaba en un carruaje cuyo interior estaba envuelto en sombras, tirado por dos caballos blancos que piafaban sobre el prado. Los caballos no tenían ningún tipo de marca y el palafrenero tampoco llevaba librea. El vehículo habría podido pertenecer a cualquier casa de alcurnia... le habían retirado todas sus insignias.

Una mano blanca y delgada se asomó por una de las ventanillas del carruaje. Sostenía por los cordeles un saquito de monedas. Bikker tomó la paga —la más reciente— y se la guardó bajo la cota de malla.

—Por tu bien, te aconsejo que tengas los labios bien cerrados.

—No te preocupes. Cuando quiero, puedo ser discreto —dijo riéndose—. ¡Pero qué jugoso relato podría contar! Dentro de un mes, la ciudad se dividirá en dos, y las calles quedarán cubiertas de cadáveres. ¿Cuántas luces crees que arderán entonces? Y nadie sabrá jamás cuál ha sido mi parte en todo esto.

—No, no lo sabrán —dijo el tercer miembro de la conjura. Bikker se volvió hacia Hazoth, que se cubría el rostro con un grueso velo de negro crepé. Aunque no le gustara tratar con socios que ocultaran la faz, Bikker no tenía otro remedio que alegrarse por el velo con el que se tapaba Hazoth. Mirar al rostro desnudo de un hechicero era mala cosa—. Si eres incapaz de guardar silencio, yo te cerraré la boca. No olvides cuál es tu lugar. Tu participación en esto es mínima.

Bikker se encogió de hombros. Lo sabía muy bien. Lo habían contratado para que realizara cierto número de pequeños encargos, pero, sobre todo, porque debía de ser la única persona en toda la ciudad que, de quererlo, habría sido capaz de detener a sus dos socios de conjura. Cuando había accedido a entrevistarse con ellos —y luego, al aceptar su secreta y tentadora oferta— le habían expresado con gran alarde su gratitud. Su reputación lo precedía y no querían arriesgarse a ofender su vanidad. Pero no le permitían que olvidara en ningún momento que lo consideraban un lacayo.

—Hago lo que se me manda... cuando se me paga. El oro tiene el poder de silenciar las lenguas. Sé que no debería preguntarlo —dijo Bikker, y señaló al ocupante del carruaje con el pulgar—, pero ¿qué vas

a ganar con todo esto, brujo? ¿Acaso te puede pagar algo que no puedas conseguir tú solo con tu magia?

—Me he comprometido a tolerar los... experimentos de Hazoth —dijo el ocupante del carruaje— una vez que gobierne la ciudad. ¿Lo encuentras preocupante?

Ciertamente, había habido un tiempo en el que Bikker, al oírlo, habría vacilado. Los brujos podían ser peligrosos. Hazoth apestaba a azufre y a infierno, y sabía hacer cosas que los mortales no deberían ni intentar. A veces los brujos cometían errores y el mundo entero pagaba por ellos. La espada que colgaba del cinto de Bikker daba testimonio de cuán alto había sido ese precio en el pasado... el arma estaba consagrada a la defensa del reino contra los demonios que los hechiceros sabían invocar, pero que no siempre podían controlar.

En otro tiempo, Bikker se había entregado también a esa lucha. Pero el mundo había cambiado. Los tiempos habían cambiado. El propio Bikker había cambiado. Toda fe que hubiera podido tener en la nobleza y la abnegación había quedado triturada bajo una piedra de molino que se movía con gran lentitud, pero que jamás se detenía. En otro tiempo había sido un campeón de la humanidad.

Pero en ese momento no hizo más que encogerse de hombros. Contempló la urbe. Vista desde allí, habría podido ser un nido de termitas que treparan sobre sí mismas, sobre el montón de estiércol que les hacía las veces de ciudad.

—Masacradlos a todos. ¡Si te apetece, dáselos a comer a tus mascotas, Hazoth! Para entonces, estaré tan lejos que me dará igual.

—Por supuesto. El oro que tienes en ese saquito te va a llevar muy lejos. Y aún vas a tener más cuando hayas cumplido con tu parte del plan. ¿Sabes cuál es el siguiente paso?

—Sí, claro —dijo Bikker. Escupió en dirección a la ciudad, como si hubiese querido extinguir todos los fuegos con un único salivazo—. Lo que ahora tenemos que hacer es buscar a un cuarto cómplice, esta vez involuntario. —Necesitaban a un imbécil, a una persona que actuara sin tener ni idea de lo que hacía. Sin un peón de ese tipo, el plan no llegaría a buen puerto—. Tengo que asustar a un ladrón a fin de que trabaje para nosotros.



PRIMERA PARTE

# El rescate de un ladrón





# 1

Criaturas pequeñas y malvadas acechaban en las sombras, y sus ojos brillaban con fulgor en la oscuridad. Malden oía el rumor de sus piecitos y sus ocasionales susurros por todas las casas, viejas y abrasadas. No había luces que brillaran en aquella parte de la ciudad, y las brumas ocultaban tanto la luna como las estrellas. El farol que Malden llevaba pintaba de luz amarilla las paredes desconchadas y le advertía de los lugares donde faltaba una baldosa y de los hoyos profundos que aguardaban un paso descuidado. Con todo, no alcanzaba a atravesar las tinieblas que se espesaban en las casas y los establos en ruinas, ni le decía quién lo miraba con tanta intensidad.

Aquello no le gustaba.

Tampoco le gustaba el momento de la reunión, una hora después de la medianoche. Ni le gustaba el lugar: junto a la muralla, cerca del portalón que daba al río, en el paraje yermo conocido como las Cenizas. En el mismo año en el que él nació, el Fuego de los Siete Días había consumido aquel barrio. Como las pensiones de mala muerte y chatarrerías del lugar eran propiedad de los más pobres entre los pobres, no se había hecho ningún esfuerzo por reconstruirlas, ni siquiera por retirar los escombros abrasados. Malas hierbas crecían entre las baldosas, y las enredaderas estrangulaban las vigas de los techos que aún quedaban o roían poco a poco los viejos ladrillos estropeados por el humo. Con el tiempo, la naturaleza se adueñaría por completo de aquel barrio, y Malden, que no había salido de la ciudad desde el día en el que nació, se sentía incómodo al pensarlo... se sentía incómodo con la idea de que una parte de su ciudad, en la que tomaba forma, para él, toda noción de permanencia, pudiera pudrirse, y morir. Y desaparecer.

Alguna criatura pasó corriendo a sus espaldas. Malden dio media vuelta y trató de alumbrarla con el farol. Pese a sus afinados reflejos, no llegó a tiempo para ver de qué se trataba, pero sí para comprobar que había desaparecido por el hueco de una ventana desde la que en otro tiempo se había contemplado la calle. Agarró la empuñadura de la daga que llevaba al muslo, pero no se atrevió a sacarla. Mejor no enseñar el arma hasta que llegara el momento de usarla.

Malden se detuvo y trató de prepararse. Si sufría un ataque, sería un ataque rápido, y todo dependería de que estuviera a punto para defenderse. Sus ojos apenas le revelaron nada... las vigas calcinadas y las calles cubiertas de hollín tenían un mismo color bajo la escasa luz que llevaba consigo. No oía nada, salvo el crujido de maderas viejas. Aún se oía el humo de los fuegos que habían ardido hacía tantos años.

Oyó a sus espaldas unas leves pisadas. El rumor de unos pies desnudos que andaban sobre madera quemada. Fue sólo un instante. El sonido desapareció y se hizo de nuevo el silencio. Aquel silencio tan profundo y tan extraño en aquella tumultuosa ciudad... produjo en él la misma impresión que un rugido.

Se volvió lentamente sobre sus talones, contempló los marcos vacíos de las puertas que se hallaban a ambos lados, las callejuelas tortuosas que serpenteaban entre los edificios. Habría querido apoyar la espalda contra algo sólido. Más adelante había un edificio de ladrillo, o, más bien, lo que quedaba de él. No tenía techo y una de las paredes se había venido abajo. Con todo, las otras tres seguían en pie, y, si se refugiaba entre ellas, al menos no tendría que temer ataques por la espalda. Corrió hacia allí con el farol en alto... y entonces, al oír un sonido muy cercano, se detuvo.

Una de las criaturas que hasta ese momento lo habían vigilado salió a la calle, a sus espaldas. Malden oyó el chapoteo de sus pies en un charco. Pero, en esta ocasión, no huyó cuando Malden se volvió para verla. En esta ocasión se quedó donde estaba.

Aun antes de darse la vuelta, Malden había cerrado la mano sobre la empuñadura de su larga daga. Pero, cuando hubo visto bien a la criatura a la que se enfrentaba, dudó en desenvainarlo. Era una niña, de no más de siete años. Vestía una camisa de confección casera, manchada, y, en vez de zapatos, llevaba andrajos anudados en torno a los pies. Se aferraba con ambas manos a un martillo. Sus ojos miraban al rostro de Malden sin parpadear.

Malden abrió ambos brazos para que la niña viese que no empuñaba ningún arma. Dio un paso hacia ella, y, al ver que no huía, dio otro. Tendió una mano hacia la cría...

... y, de pronto, la calle se llenó de niños andrajosos. Pareció que emergiesen de la niebla, como nacidos del frío y la humedad, por generación espontánea, como hongos sobre un leño putrefacto. Eran de ambos sexos y edad variada, pero todos ellos vestían camisas con desgarrones y túnicas demasiado grandes para sus cuerpos enflaquecidos. Y todos ellos sostenían armas improvisadas. Había uno que llevaba una sierra de carpintero. Otro, una lezna de zapatero. Trozos de madera de los que sobresalían clavos. Una cadena de hierro. Uno de ellos, un muchacho mayor que los demás, tenía una hachuela de leñador y la empuñaba a la altura del muslo como si supiera usarla.

«Una cuadrilla de huérfanos», pensó Malden. Una panda de golfillos que se habían unido en su pobreza para emboscar a aquel desconocido lo bastante necio como para entrar allí durante la noche. Un ejército harapiento. Los había a docenas, y, aunque estuviera seguro de poder vencer incluso al mayor en justa lid, se veía en sus ojos que no les importaba para nada que la lid fuese justa, porque, por la experiencia de aquellos críos, tales cosas eran imposibles y míticas, como los continentes que, según los sabios, existían más allá de los mares. Se arrojarían sobre él todos a la vez, y le pegarían y golpearían hasta que muriese. No le ofrecerían tregua ni cuartel.

Esperaban a que fuese Malden quien hiciera el primer movimiento. A que tratara de huir, o de luchar. No porque tuviesen miedo de atacarlo, sino porque querían que cometiese algún error, que calculara mal sus posibilidades. Sacarían provecho de cualquier debilidad que mostrara y acabarían rápidamente con él.

Malden se lamió los labios y se volvió lentamente hacia uno y otro lado, en busca de una vía para huir. Parecía que no hubiese ninguna. A menos que... a menos que la silenciosa espera de los muchachos, sus miradas fijas sin parpadeos, se debiesen a algún otro motivo.

—Queréis que os dé una contraseña, o una señal —dijo—, pero lo único que tengo es esto. —Metió la mano bajo la capa. Se acercaron a Malden y cerraron el círculo con que habían empezado a rodearlo. Estaban a punto para atacarlo al primer indicio de agresión. Pero Malden no trató de sacar su daga. En cambio, metió sus finas manos en la bolsa y sacó el trozo de pergamino que lo había llevado hasta ese lugar terrible en aquella hora atroz. Lo desplegó con gran cuidado —el viejo pergamino crujió, pero aguantó sin hacerse pedazos— y les enseñó el mensaje que había recibido:

Esta casa es UNA DE LAS NUESTRAS  
y su propietario se halla bajo mi protección.  
A la próxima *Hora de las Brujas* tendrás que ir SOLO  
a las Cenizas, por el lado de la Muralla Oriental, o, si no,  
MORIRÁS antes de que llegue la próxima *Aurora*.

—Lo encontré clavado con una tachuela en el alféizar de una casa que estaba a punto de desvalijar. Era esto lo que queráis ver, ¿verdad que sí?

Malden se preguntó si sabrían leer. Pero no, por supuesto que no sabían. Habría sido absurdo pensar que esos niños podían haber ido a la escuela, o incluso que hubieran recibido educación religiosa. Y, sin embargo, parecían fascinados con la breve nota. «Ah —pensó Malden—. Reconocen la firma.» Un tosco dibujo de un corazón atravesado por una llave.

No sabía lo que podía significar ese signo, desde luego que no, pero el poder que ejercía sobre los niños le resultaba intrigante. Uno tras otro, se le acercaron y tocaron el papel, igual que los supersticiosos mercaderes, en ocasiones, tocan una estatua de la Señora antes de emprender una negociación difícil. En cuanto hubieron visto con sus propios ojos el signo, y, tal vez, se hubieron cerciorado de que no se trataba de una falsificación, se marcharon en hilera y desaparecieron en las tinieblas. La única que se quedó fue la niña del martillo, la primera que había visto Malden. Todavía lo miraba a los ojos. Cuando ambos se hubieron quedado solos de nuevo, la niña dejó de mirarlo y se alejó hacia el edificio ruinoso en el que Malden había querido refugiarse. Lo guió hasta una puerta y luego le indicó con un gesto que entrara. A continuación, le hizo una impecable reverencia y se marchó corriendo para unirse a los demás.

No había ninguna duda: ése era el lugar. Con el trozo de pergamino por delante como si fuera un talismán, Malden cruzó el umbral.

## 2

Dentro del edificio en ruinas había tres ancianos andrajosos, sentados sobre una caja alargada. Dos de ellos tenían barbas blancas y luegas, mientras que un tercero era calvo y llevaba el rostro afeitado. La edad les había marchitado las carnes, pero la astucia brillaba en los ojos de los tres... no eran viejos seniles. Malden presintió que sus apariencias no lo decían todo.

Les hizo un gesto con la cabeza, pero, por el momento, no les dijo nada. Primero examinó el interior del edificio... las vigas del techo caídas y destrozadas, los montones de revoque chamuscado en los rincones. El suelo quedaba oculto bajo una gruesa capa de escombros. No parecía que hubiese allí ningún lugar donde pudiera ocultarse un asesino, si bien la falta de luz y los jirones de bruma que se arremolinaban en torno a su farol le impedían comprobarlo.

—¿Y si hubiese traído conmigo a la Guardia Ciudadana? —preguntó Malden, ya que le pareció que no tenían ningún sentido las cortesías. Al fin y al cabo, lo habían amenazado de muerte.

El calvo le respondió con una sonrisa perversa.

—No estaríamos aquí. No habrías logrado encontrar este sitio. Y te habrían rajado la garganta antes del alba.

Malden asintió con la cabeza.

—No es un mal lugar para una trampa. Esos niños de ahí fuera vigilan este sitio para vosotros, ¿verdad? Se encargan de que nadie llegue hasta aquí si vosotros no queréis. Algo me dice que, si ahora mismo intentase hacerlos algo, tendríais preparada una buena respuesta.

Uno de los hombres con barba blanca levantó un dedo largo y sarmenoso, y señaló a lo alto. Malden siguió con los ojos la dirección que le

indicaba y divisó un chapitel que emergía entre las brumas, dos manzanas más allá. Probablemente había sido la torre de la iglesia. Al estar hecha de piedra, había sobrevivido al incendio. Mientras sus ojos escudriñaban la penumbra, sintió que algo le pasaba cerca de la mejilla, acompañado por un susurro, y se clavaba a sus espaldas en un tablón chamuscado. Miró de reojo y vio allí el astil de una flecha que aún vibraba. Era tan larga como su brazo y se había clavado en la madera con tanta fuerza que la punta de hierro había quedado totalmente incrustada.

Malden tardó unos instantes en volver a respirar. Se le cerraron los pulmones y todos los músculos de su cuerpo quedaron rígidos. Aguardó con paciencia la flecha siguiente, la que se le clavaría en las entrañas, o en la garganta, pero ésta no llegó.

Razonó lo que había sucedido, y el porqué. La flecha había sido un mensaje... un recordatorio de que aquello no era lo que parecía, y de que aún se encontraba en peligro de muerte. En realidad, no hacía falta que se lo recordaran.

—Te reconozco la valentía de no haberte estremecido siquiera —dijo el de la barba blanca—. Eso ha estado bien, muchacho. Muy bien.

En cuanto logró moverse y respirar de nuevo, Malden le hizo una breve reverencia.

—Creo que ya sé lo que es esto. No estoy seguro de quiénes sois vosotros tres, pero pienso que no es con vosotros con quienes tengo que hablar. Aunque sí podríais explicarme cómo llegar al sitio donde me esperan. Sois los vigilantes de la entrada, ¿verdad? Y seguramente también sois algo más.

El calvo se tocó el pecho.

—Me llaman Oncedodos. Y ellos —dijo, señalando a los dos hombres de barba blanca— son Tronera y Bocacerrada.

—Celebro conoceros —dijo Malden—. Un momento. Un momento... he oído hablar de él, de Tronera. Su fama data de poco antes de que yo naciese, pero aún se cuenta en la Peste. Si eres el mismo hombre, te ganaste ese apodo al asaltar el cuartel de la guarnición de palacio. ¿Es cierto que te colaste por una aspillera de la muralla que se encontraba a unos quince metros del suelo?

Al reírse Tronera, su pecho emitió unos pitidos.

—En otro momento te lo contaré todo, si quieres. Si sobrevives a esta noche.

Malden asintió.

—Sería un honor. Y tú... Oncedodos... ¿puedo preguntarte cómo te pusieron ese apodo?

—En mis tiempos fui el rey de los descuideros —dijo el calvo, con evidente orgullo—. Se decía que un hombre con sólo diez dedos no podía ser tan hábil, así que debía tener once. —Levantó ambas manos, sarmentosas y manchadas por la edad, pero, en todo lo demás, perfectamente normales—. Sólo es un apodo.

Malden le sonrió al tercer hombre, a la espera de que le diera una explicación sobre su nombre. Pero fue Tronera quien se la dio:

—¿Bocacerrada? Sabe guardar los secretos. Por eso lo llaman así. Jamás te va a contar nada a cambio de nada.

—Pero ¿habla?

—Con sujetos como tú, no —masculló Bocacerrada con voz cavernosa—. Todavía no.

—Ya veo —dijo Malden. A despecho de sí mismo, había quedado impresionado. El robo era una ocupación peligrosa. Quien no moría en una trampa, o bajo la lanza de un guardia con exceso de celo, tenía que contar con que la ley estaría siempre al acecho. En la Ciudad Libre de Ness se castigaba con la horca incluso la sustracción de un penique de cobre de la bolsa de un rollizo mercader. Aquellos tres hombres, osados truhanes en su época, famosos por sus grandes hazañas, habían sobrevivido el tiempo suficiente para llegar a viejos sin que los capturasen. Tenían que haber sido muy, muy diestros en su juventud. Malden se preguntó qué podrían enseñarle. Aunque, por supuesto, tenía asuntos más urgentes entre manos.

—Me hicieron venir hasta aquí para que me encontrase con alguien.

—Entonces, ¿estás listo para hablar con nuestro jefe?

—Creo que me conviene estarlo —dijo Malden.

Bocacerrada profirió un sonido que tal vez fuera una risa. Los tres se pusieron en pie al mismo tiempo y se apartaron para que Malden pudiera ver mejor la caja sobre la que habían estado sentados. Era un ataúd de madera sencilla que se estrechaba por sus dos extremos. Oncededos levantó la tapa y Tronera le hizo un gesto a Malden para que se metiera dentro.

Malden nunca se había tenido por cobarde, y todavía menos por supersticioso. Pero un gélido estremecimiento recorrió sus vísceras al pensar que debería tenderse en el ataúd.

—Sólo un necio, o un muerto, se metería alegremente ahí dentro —dijo.

—Si no te metes —dijo Tronera— serás lo uno y lo otro.

Malden apagó de un soplo la luz del farol y luego lo depositó en el

suelo con gran cuidado. No le iba a caber dentro del ataúd. Luego entró en lo que —iba repitiéndose a sí mismo— no era más temible que una mera caja. Los otros pusieron la tapa en su lugar y la cerraron con clavos. Malden se esforzó por no respirar con mucha fuerza. Se dijo a sí mismo que había llegado hasta allí. Tenía que ver lo que sucedía a continuación.

### 3

La negrura que reinaba dentro del ataúd era prácticamente sólida, como si el aire que envolvía a Malden se hubiese transmutado en obsidiana. Todos los sonidos que atravesaban la madera llegaban amortiguados a sus oídos. Malden tenía la esperanza de poder salir al cabo de poco. En el mismo momento de cerrarse la tapa, había descubierto que le costaba respirar allí dentro... tal vez fueran engaños de su mente, pero le pareció que en el ataúd no había aire suficiente para mantenerlo con vida, y empezó a sentir pánico y a perder el control de sus facultades. Precisó de un verdadero esfuerzo de voluntad para tranquilizarse y resignarse.

Una sola circunstancia lo mantenía con ánimo, un hecho del que estaba relativamente seguro. El señor de aquel lugar había tenido muchas oportunidades de matarlo. Y eso quería decir que, por el motivo que fuese, por el tiempo que fuera, aún no quería darle muerte.

Así logró, en buena medida, dominar el pánico. Controlar el miedo le costó un poco más.

Alguien levantó la caja —los viejos debían de ser más fuertes de lo que parecían, o tal vez hubiera ido alguien a ayudarles— y la transportó a una breve distancia antes de volver a bajarla, con los pies por delante, hasta una especie de tobogán. Por un instante, Malden sintió el veloz descenso, y luego la caja golpeó una superficie sólida, con mucha fuerza, la suficiente para hacerle expulsar todo el aire de los pulmones. Como no sabía lo que le aguardaba, se forzó a sí mismo a no volver a inhalar.

Su cuerpo protestó y no le quedó otro remedio que tratar de tomar aire, pero logró contener el aliento aún otro instante. La única manera que tenía para averiguar dónde estaba era escuchar. Aunque la caja de

madera distorsionara los sonidos, logró distinguir algunos. Oyó voces y risas. La risilla de una mujer. Así pues, no estaba solo.

Entonces se oyó un golpe en la tapa del ataúd y, por fin, tomó aire.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó una voz en tono burlón.

—Puedes entrar y echar una ojeada —respondió Malden.

La persona de la que procedía aquella voz se rió con una carcajada cruel, pero no dijo nada más.

Malden no tardó mucho en darse cuenta de que no iría nadie a liberarlo del ataúd... de que tendría que salir de allí por sí mismo. No tuvo problemas para sacar la daga, pero sí para moverla dentro del ataúd sin herirse a sí mismo. Era el arma blanca más grande que le permitía la ley. Apenas tenía filo, tan sólo propiamente punta, y sólo servía para pinchar. Pero Malden no era de naturaleza violenta y la daga era más útil de lo que parecía. En el pasado, había sabido darle muchos usos, y, por el momento, nunca para matar. Logró introducir la punta en la minúscula abertura que quedaba entre la caja y la tapa. Como no tenía punto de apoyo, le llevó cierto tiempo abrir un resquicio, pero, cuando lo consiguió, le recompensó un delgado rayo de luz y —mucho mejor todavía— una bocanada de aire fresco.

Los clavos de la tapa crujían en respuesta a sus esfuerzos por liberarse. Finalmente logró separar la tapa entera y apartarla con las manos. Volvió a meter la daga en su vaina, se levantó y miró en derredor.

La sala que vio era espaciosa, de techo bajo. Éste reposaba sobre vigas robustas, como la galería de una mina. Tenía las paredes desnudas, mera tierra comprimida. El lugar estaba bien iluminado por más de una docena de velas, algunas de ellas reforzadas con espejos de cobre que añadían un tinte rosado a la luz. En un diván que se encontraba a un lado se sentaba un hombre, ataviado con un justillo de cuero y unos abigarrados pantalones. Tenía los gruesos hombros de un guerrero y no de un ladrón. Sobre sus rodillas se sentaba una pelirroja con los cierres del corpiño abiertos. El hombre le hacía cosquillas y ella se reía. Ninguno de los dos se dignó a echarle ni siquiera una mirada furtiva a Malden. En otro rincón unos hombres cubiertos con capas descoloridas arrojaban los dados contra una pared, y se regocijaban y lamentaban según los resultados.

El último ocupante de la sala era un enano que habría podido ser el epítome de su raza. Apenas si había enanos en Ness —apenas si los había en todo Skrae—, pero habían venido desde su reino septentrional en número suficiente para que Malden estuviera harto de su presencia. Eran

artesanos magistrales, artífices consumados que sabían hacer mejores herramientas y joyas más bellas que las de los humanos. Sólo los enanos conocían el secreto de la producción de un acero digno de tal nombre, y por ello se les tenía un especial aprecio y se les concedían derechos especiales cada vez que se presentaban en tierras humanas. Igual que todos los de su raza, era delgado, debía de medir un metro veinte, y tenía la piel tan blanca como el vientre de un pez. Lucía una mata desgreñada de cabello negro y sucio, y una barba enmarañada. Su único vestido eran unos calzones de cuero y se dedicaba a coser piezas de metal en un guante de seda. Le echó una breve mirada a Malden, luego meneó la cabeza y siguió con su tarea.

Malden volvió la cabeza y luego fue mirando en todas las direcciones hasta estar seguro de haber visto la sala entera. No quería que le pasara por alto una amenaza oculta... en un momento como ése, no. Malden reconoció a sus espaldas el tobogán por el que había descendido: un deslizadero de chapa trabajada a martillo. Estaba untada de grasa parduzca que brillaba con un fulgor mortecino a la luz de las velas. Seguramente habría podido trepar por allí, si le hubieran dejado tiempo suficiente... y nadie hubiera tratado de impedirselo.

El hombre del diván llevaba una espada al cinto, y Malden estaba convencido de que los demás también llevarían armas. Se imaginaba que tratarían de detenerle si intentaba escapar. No le habían hecho ir hasta allí sin un propósito. A juzgar por cuanto le habían dicho los ancianos cuando aún se encontraban al aire libre, no iban a permitirle que escapara de una sola pieza.

Con el cuerpo algo entumecido, Malden salió del ataúd y logró ponerse en pie. Se sacudió el polvo y fue hacia el diván, con la intención de descubrir qué se pretendía que hiciera. El matón que se sentaba en éste levantó a los ojos y se quedó a la expectativa.

—Debes haberles causado buena impresión a los tres maestros que se encontraban arriba —dijo el matón. Malden reconoció al instante su voz: era el mismo que le había hablado cuando se hallaba dentro del ataúd.

—¿Eh? —preguntó Malden.

—Te han dejado la ropa y el puñal al cinto. A veces los hacen bajar desnudos.

—Quienes llegan a conocerme me tienen en buena consideración —dijo Malden—. Y ahora, ¿tendrás la amabilidad de llevarme con tu señor? Me han dicho que quiere hablar conmigo.

El matón enarcó las cejas.

—¿Y cómo sabes que el señor de este lugar no se encuentra aquí, ante tus ojos?

Malden hizo una reverencia a modo de disculpa.

—Una organización como ésta, en un lugar tan secreto, me lleva a pensar que tan sólo hay un hombre en la Ciudad Libre que pueda ser su señor. Lo conozco únicamente por su reputación, pero esa misma reputación me permite hacerme una idea de cómo debe ser. No creo que sea ninguno de esos jugadores que están ahí arrodillados, jugando a los dados por unos peniques. Estoy casi seguro de que no será un enano, y, por lo que respecta a ella... pues... —Malden buscó entre sus recuerdos—. Se llama Rhona. Es una de las muchachas de Madama Herwig, de la Casa de los Suspiros, arriba, en la Acequia Real. —La muchacha levantó el rostro con mirada de sorpresa, pero Malden le respondió con una sonrisa. En la ciudad había muy pocas meretrices que Malden no reconociera a simple vista—. Por lo que a ti respecta... hum... no creo que seas el señor de este lugar. Por imponente que sea tu figura, no te creería si me dijeras que tu nombre es Cutbill.

Al oír ese nombre, todos los que se encontraban en la sala miraron de reojo. Incluso el matón y la chica que jugaba con él fruncieron el ceño. Pero al cabo de un momento lo dejaron correr y el matón volvió a reír estentóreamente, y la muchacha empezó de nuevo con sus risillas.

—Eres más listo de lo que pensábamos —dijo el hombre.

—Pero mi saber no me ha hecho tan arrogante como para no responder a la llamada que me ha traído hasta aquí —dijo Malden.

El matón agarró a la muchacha con sus fuertes brazos y la dejó sentada sobre el diván. Entonces se puso en pie y acudió a estrecharle la mano a Malden.

—Me llamo Bellard. Sirvo a ese hombre de quien has dicho el nombre, cuando las sutilezas fracasan.

—Es un placer. Yo me llamo Malden.

Bellard se rió de nuevo.

—Ah, ya sabía cómo te llamabas. Y tenías razón: nuestro señor te aguarda. Está allí. —Bellard señaló con gesto enérgico a la pared opuesta, oculta tras una cortina manchada.

—Tengo que pasar al otro lado, ¿verdad? —preguntó Malden.

El matón sonrió.

—Si lo consigues, habrás recorrido ya un buen trecho.

Malden hizo una reverencia y se volvió hacia la cortina. La apartó de un tirón y encontró una puerta ancha en la pared, de robusta madera de

roble, con grandes goznes de hierro. Una gruesa anilla de hierro servía para abrirla. Sólo había un problema. Una barra de hierro pasaba por la anilla y sobresalía a ambos lados de la puerta. Estaba sujeta por el candado más grande que Malden hubiera visto en su vida.